AÑO LI. Sábado 12 de Agosto de 1911 Núm. 14907

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.=Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rongemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, *Mr. George B. Fisher*, 21-Park Row.—Berlín, *Rudolf Mosse*, Jerusalémer Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

Importante para los Agricultores

Banco Hipotecario de España

Préstamos por 5 años, con facultad de entregar y retirar cantidades en cuenta corriente.

Interés de 4'50 % y á 0'60 céntimos de comisión.
Los fondos ingresados en la cuenta corriente, ganarán el interés de 4'50 % prorrateado por días.

Para más antecedentes, dirigirse al único Agente en esta Región

D. José Sánchez-Doménech

PLAZA DEL REY, 19

Por tierras de Flandes

El espíritu municipal

Lo que caracteriza al pueblo belga, no es, á mi modo de ver, la actitud mercantil é industrial, ni el instinto gregario con que, adoptada una reforma social cualquiera por una minoría, síguenla ciegamente las multitudes, ni la inclinación al ahorro y á la previsión en todas sus formas, ni siquiera las cualidades artísticas tradicionales en la tierra de Flandes; lo que caracteriza principalmente á este país, y es base de su prosperidad presente, es el *espíritu corporativo*. El belga no se concibe aislado, espiritualmente aislado en el seno de la nación. Sobre formar parte de una familia, es miembro activo de un municipio, á cuya vida y á cuyo desenvolvimiento atiende con preferencia. El espíritu municipal —tan antiguo en los Países Bajos, cuanto que de él arrancan la vitalidad de las viejas ciudades industriosas y gloriosas, Amberes, Gante, Malinas, Lieja, Tournai, Bruselas, Nemur, Dinant, Alort, etc., etc.,—agrupa á las gentes en unas mismas aspiraciones aplaca las diferencias políticas y particulares, funde todos los esfuerzos en un esfuerzo gigantesco cuando de la ciudad se trata. Y no se diga que los españoles, por ejemplo, también forman parte de ciudades y municipios, porque esta participación es inactiva, ó se exterioriza en luchas estúpidas, de carácter personal, que ningún beneficio reportan á la localidad respectiva.

El amor de los belgas á la ciudad evoca, de algún modo, el culto de los antiguos; de veneración se hacen objeto las plazas comunales, las torres-beffrois, los canales y los ríos, los puentes urbanos, los orfelinatos y las instituciones todas de beneficencia, las sociedades artísticas, musicales ó pictóricas, y las deportivas, los cuadros de los maestros flamencos que en todas partes se conservan religiosamente, las banderas municipales, los estandartes, los escudos de armas, todo lo que, de algún modo, contribuye á que la personalidad del Municipio perdure y se robustezca y se afirme, todo lo que coadyuva á perpetuar las glorias de la ciudad y á preparar su porvenir. Una Exposición, una kermese, una fiesta cualquiera, es empeño de la ciudad entera; monstruosa pareceria aquí la conducta de esa carroña de los municipios españoles, esos periódicos y esas gentes que en lugar de ayudar á las obras comunes procuran destruirlas sino media la dirección suprema de tal ó cual personajillo. Cuando se trata de una fiesta municipal, nadie discute aquí: quien tiene dinero lo dá; y los que no lo tienen ó no quieren darlo, por lo menos ponen buen semblante. de fal modo que, al llegar á una villa flamenca en festival, tal vez el viajero no se asombre ante los cortejos, ante las instalaciones de la feria, ante las fanfarrias de ciclistas, ante nada en fin; pero de seguro se siente contagiado por la alegría que asoma á todos los semblantes como un aroma espiritual con que la ciudad entera se engalanara.

Por esto hasta las más humildes villas tienen un aspecto limpio y coquetuelo que las hace simpáticas y concebible la vida en ellas; pulcramente pavimentadas las calles, alumbradas, dotadas de aguas: las torres comunales restauradas con arreglo á su estilo originario, las campanas de los carillones afinadas y melódicas; pintadas y completas las verjas de los jardines públicos, cuidadosamente enarenados los paseos, bajo los arboles frondosos; recortadas y floridas las rosaledas, en torno á las estatuas que se alzan en las plazoletas, como de provincias silenciosas y melancólicas.

El ciudadano tiene conciencia de su relación con el municipio; ama á su ciudad, no le es indiferente que esté bien ó mal administrada. Tal vez no se preocupa del Congreso de los diputados, pero de seguro atiende á que la sociedad cooperativa de consumo de que forma parte, marche bien; no tiene planes para resolver los problemas nacionales, pero sabe en qué Caja de ahorro ha de colocar sus ingresos, en qué escuela ha de instruir á sus hijos, cuánto le interesa tal ó cual vía férrea que beneficie á su pueblo y cuyo trazado se discuta en un momento determinado. Y dentro de la vida local, su actividad, excedente del trabajo necesario para la existencia económica, encuentra igualmente cauces por donde desenvolverse de modo digno, racional, útil para sí y para sus conciudadanos: si es artista encontrará obras maestras que estudiar y sociedades de pintores, de músicos, de bellas letras en que trabajar á su antojo. Las ciudades, emulándose unas á otras, las crean de todas clases: si simplemente, intenta divertirse, encontrará sociedades gimnásticas, sociedades ciclistas, agrupaciones de pescadores, de touristas, federaciones de tiro, etc, etc. Y una nota típica de todas ellas, es que indistintamente las integran hombres y mujeres. O más bien, son sociedades compuestas por familias. El domingo si, por ejemplo; se trata de una sociedad de excursiones, doscientas familias—los padres colorados y joviales las muchachas y los chicos enamorados más ó menos transitorios—toman el tren. ¡Y es de ver el regocijo de las buenas gentes, durante toda la jornada dominical, alegrada por las perspectivas risueñas, por las comidas abundantes, por la algarabía de las muchachas vestidas con trajes claros. Porque aquí, ese concepto árabe de la mujer encerrada mientras el marido se divierte ó se aburre con sus amigos, corriente entre nosotros, no se conoce. Para divertirse ó para fastidiarse todos juntos. Y yo, por mi parte, juraría que se divierten á rabiar...

Al anochecer la sociedad regresa al punto de partida. Frecuentemente tiene una charanga. El presidente, tocado con una chistera monumental y vestido con una levita que provocaría las ironías de nuestros Jorge Brummel, se pone á la cabeza del cortejo, soptando en un enorme trombón. Las mujeres y los hombres de todas las edades se cogen del brazo. Y al son de la música entran cantando en la ciudad, bajo la mirada benévola de la gente que refresca á las puertas de los cafés, sin que jamás ocurra el más pequeño incidente. Tal ha sucedido hoy en esta vieja y docta y católica ciudad de Lovaina, donde estamos desde hace varios días, y por cuyas calles solitarias, á la sombra de la antigua Universidad, hemos paseado nuestra tristeza en esta tarde de domingo.

***

Y pensad que toda la grandeza económica y culturar de Bégica dimana de este espíritu corporativo de sus nacionales. Cuando cada ciudad semebellece y se engrandece del conjunto de todas ellas resulta la prosperidad de la nación. Para formar un collar de perlas, preciso es, ante todo tener las perlas mismas: el hilo que ha de unirlas no parece que sea lo más importante. Aunque la comparación, por lo manida, sea de dudoso gusto, puede decirse que los belgas procuran hacer una perla de cada una de sus ciudades.

A nosotros bien se vé que nos pasa lo contrario: para formar el collar—una gran nación rica y poderosa—los radicales de todos los matices andan empeñados en buscar primeramente el hilo.

Juan PUJOL.

Lovaina, Agosto 1911.

¡Qué criminal!

Madrid 12 9 m.

Dicen de Valencia que en el pueblo de Duesa, Miguel López ha dado muerte á un hijo suyo de siete años de edad.

Tan criminal hecho lo llevó á cabo descargando hachazos sobre la infeliz criatura.

Después de cometido tan horrendo crimen, el desnaturalizado padre se presentó tranquilamente á las autoridades.

El vecindario, indignado, quiso lynchar lo.

JUEGOS FLORALES

TEMA 2.º—Canto al amor á la Patria

EN LA TROCHA

LEMA:

Vivir en cadenas
¡cuán bello vivir
Morir por la patria
¡qué bello morir!

Dos mozos de la región
más renombrada de España,
de la histórica Aragón,
que el Ebro famoso baña.
De los de la hidalga tierra,
tan noble como patriota,
de la que sabe en la guerra
morir cantando la jota,
En la trocha combatían
contra nuestros enemigos
y en arrojo competían
los dos paisanos y amigos.
Por su gran amor á España,
siendo del deber esclavos,
portábanse en la campaña
de Cuba, como dos bravos.
Un General, mandar quiso
para las tropas leales
un parte, que era un aviso
que evitaba nuevos males.
Se hace saber en voz alta
lo que el General desea
y á los maños les asalta,
de pronto, la misma idea.
Y ruegan al superior
que de ellos disponga y mande,
disputándose el honor
de cumplir misión tan grande.
Con el valor que derrocha
todo español en la guerra,
intentan pasar la trocha,
que el paso á los dos les cierra.
Les intiman, se defienden
y nada les acobarda
aunque de sobra comprenden
que un fin triste les aguarda.
Y allí prisioneros quedan
sin que á los suyos delaten
y sin que arrancarles puedan
el secreto, aunque los maten.
Les interroga Maceo,
cuando en su presencia se hallan
estoícos, con el deseo
de averiguar lo que callan.
—Si no hay nada que os lo impida
—dijo con voz grave y fuerte—
si hablais, os dejo con vida,
si callais, os daré muerte.—
Dá muerte á mi compañero
para que no me delate
—dijo uno de ellos - no quiero
vivir, para que él me mate—
Y siendo mudo testigo
de martirio tan cruel,
dejó morir al amigo
querido y paisano de él.
—Ahora—dijo con voz ruda—
mátame, que hablar es mengua
y para ser traidor, muda
tiene un baturro la lengua.
Consentí que á mi paisano
dieras muerte de ese modo,
por si cantaba de plano
revelándotele todo—
Con gran furia, en su cabeza.
vengan todos sus agravios,
y muere con entereza
y la pleganria en los labios.
Al ver, Maceo, á sus pies
el cuerpo de aquel valiente
y tozudo aragonés,
¡ún beso le dió en la frente!
Y dijo, los ojos puestos
en él, por tan noble hazaña:
—Con soldados como estos.....
¡¡cómo no ser grande España!!—

Gonzalo Cantó.

Socialista presentado

Madrid 15 9 m.

El socialista Mariano García Cortés, se ha presentado á las autoridades.

Estas tenían orden de prender le por el discurso pronunciado en el mitin de Jai-Alai.

García Cortés ha publicado una carta, justificándose.

Dice que cuanto habló sobre el llamamiento internacional lo hizo refiriendose á Francia y Alemania.

No hizo alusión directa ni indirectam nte á España.

A sabiendas de que era delito, no podia cometer tal tontería.

Quejas del vecindario

El balneario de San Pedro.

Es bien de lamentar lo que viene sucediendo con relativa frecuencia en este balneario, á los que, ansiosos de contrarestar el calor siberiano que se deja sentir, remont n su vuelo á él para sumergirse en sus aguas.

El carácter agrio y formas poco correctas de una bañera sin escrúpulos, hacen que este balneario, que gozabi antes de cierta predilección, ahora vaya relagándose al olvido.

Nada nos incumbe á nosotros ello peró sí queremos, llamando la atención del señor Administrador, cese ese continuo escándalo entre bañeras y bañistas.

Ayer tarde fuimos testigos presen-

que suele sentirse con frecuencia en los momentos que preceden á la tempestad.

El Alcalde mayor llamó á los alguaciles y les dió órdenes para que se mezclaran á la multitud y avisaran con recato á los hidalgos que hallaran á su paso para que fuesen entrando uno á uno en las Casas Consistoriales y esperasen sus órdenes después de ceñirse sus ferradas armaduras.

Transcurrió media hora, en cuyo tiempo se reunieron en la plaza de armas del Ayuntamiento la mayor parte de los hidalgos convocados por los alguaciles.

Entre ellos se hacían notar los Alvarez, Angostos, Arces, Bienvengudes, Bracamontes, Calatayudes, Carreños, Casanovas, Cascales, Cobachos, Cortejos, Dávilas, Elguetas, Espines, Fernández, de Sto. Domingo, Ferreros, Frías, Garcías, Gineres, González, Grasos, Hernández, Ingleses, Invernones, Junjes, Lafuentes, Leonais, Martínez, Martínez Fortún, Mayolis, Mendiolas, Narváez, Paganes, Pallareses, Panesio, Pérez, Pérez de Burgos, Ramírez, Rocafulles, Roses, Rosiques, Segados, Sepúlvedas, Tacones, Torres, Vergaras, Xaras, Ibáñez y otros varios que sería prolijo enumerar.

Todos aquellos caballeros habían mandado sus caballos que tenían encargados á sus lacayos res-

multitud que llenaba la plaza del Ayuntamiento que podía apreciarse sin temor de equivocarse en mucho, en unos ochocientos hombres; lo que daba un total de dos mil hombres de pelea.

Verdad es que aquella abigarrada multitud estaba mal armada; pero aun así podía contar con cuatrocientos arcabuces, disponía de las casas de la población; de la exaltación de sus vecinos, incluso las mujeres, y además estaba dirigida por hombres influyentes que unían á su prestigio una notoria valentía; pero lo que verdaderamente inquietaba á la nobleza y más que á ésta al Alcalde mayor, era la dirección suprema de Antón Pica, quien á un valor sereno y á una audacia verdaderamente extraordinaria, unía una sagacidad de primer orden, una constancia á toda prueba y un gran prestigio sobre los ciudadanos que electrizaba con sus tribúnicos discursos.

El Alcalde mayor se hallaba en el mayor conflicto.

Estaba persuadido de la tenaz é inquebrantable resistencia que el pueblo en masa habría de hacer á aquel funesto alistamiento, que se veía obligado á practicar por orden de la Corte á toda costa, y temblaba ante las consecuencias de la lucha, porque sin duda la autoridad real que estaba en él representada, podría ser humillada vergonzosamente.

Quiso conocer éstas y el Sargento Mayor le dió una exacta nota de las que se reunieron en los puntos fijados por la primera autoridad.

Las noticias que la nota arrojaba eran bien tristes y desconsoladoras.

De cuatrocientos milicianos de que constaban las banderas, tan solo unos doscientos se habían reunido á ellas. En las Casas Reales se hallaba la bandera de arcabuceros de galeras y unos veinte artilleros. Estas exiguas fuerzas no podían auxiliar al Alcalde mayor por tener la misión de defender de los esclavos el importante establecimiento que guarnecían; no obstante el capitán Ortiz del Río cedió bajo su responsabilidad la mitad de estas fuerzas que fueron á situarse en los dos extramuros. Unos setenta hidalgos se habían reunido en la plaza de armas del Ayuntamiento: entre ellos, cosa extraña, se notaba la ausencia de los Cáceres.

En resumen: no llegaban á cuatrocientos hombres las fuerzas de que podía disponer el Alcalde mayor para contrarrestar la insurrección.

En cambio, el pueblo, según las confidencias de la primera autoridad, tenía más de trescientos hombres parapetados en las alturas del Molinete, otros trescientos sobre la Puerta la de Villa, más de ciento cincuenta en cada uno de los arrabales y la gran